

FRANCISCO RABELAIS

Su Vida y sus Obras

POR EL

Dr. Jaime Scolnik

Profesor de Literatura francesa del Colegio Nacional de Monserrat

El padre de Francisco Rabelais era un hombre de cierta fortuna, que poseía una hostería denominada "La lamprea" en la ciudad de Chinon (Indre-et-Loire). Además era dueño de un viñedo a una legua de Chinon, en un punto denominado La Devinière (hoy comuna de Sully), el cual producía un exquisito vino blanco que Rabelais alabó en diversos pasajes de su obra.

En esta casa de campo de la Devinière nació Francisco Rabelais en una fecha que no ha podido ser establecida con exactitud, aunque se cree que es en el año 1483.

Aprendió las primeras letras en la abadía de Seuillé de frailes benedictinos, aunque parece que no aprovechó muy bien su tiempo, pues pasaba los días comiendo y jugando, sin interesarse por el estudio.

Continuó sus estudios en el convento de la Baumette, y cuando tuvo edad suficiente para el noviciado, entró en el convento de Fontenay-le-Comte en el Poitou, donde hizo carrera, llegando al sacerdocio en 1511.

En el convento se entregó con ardor a estudios profanos, especializándose en literatura antigua, especialmente griega, por la que tenía gran afición. Así llegó a adquirir una erudición enorme auxiliado por su prodigiosa memoria.

Los otros monjes que vivían en medio de la mayor ignorancia no veían con buenos ojos esa pasión por el estudio y comenzaron a hacerle una guerra sorda, que se intensificó cuando supieron que Rabelais mantenía correspondencia con Guillermo Budé, el gran helenista.

Nuestro escritor ya había estrechado lazos de amistad con Andrés Tiraqueau, Juan Bouchet, ambos escritores de fibra, y lo que es más importante con los cuatro hermanos Du Bellay, que llegaron a las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado, auxiliándolo en varias ocasiones difíciles, desde sus altos sitios.

El gusto que manifestaba Rabelais por las ciencias profanas y sus relaciones con personas seculares excitaron hasta tal punto la ervidia de sus hermanos en religión, que el Capítulo del convento resolvió perseguirlo. Primeramente visitaron su celda confiscándole los libros griegos que poseía; eso motivó una carta de Budé, llena de indignación por lo que él consideraba un atropello a la gracia y a la belleza helénicas. Luego, sin ninguna razón aparente, lo pusieron "in pace", es decir, condenado a prisión perpetua a pan y agua en los subterráneos del monasterio.

La repentina desaparición de Rabelais despertó la inquietud de sus amigos, especialmente de Tiraqueau, quien en su calidad de teniente general de la Senescalía podía inmiscuirse en los asuntos del convento.

Después de muchas diligencias trabajosas pudo sacarlo de las prisiones monacales, donde hubiera muerto sin duda a no mediar su intervención. No se sabe de qué crimen estaba acusado Rabelais. Según unos había mezclado al vino de los monjes una substancia que los impulsaba a ejecutar actos impúdicos. Según otros, había cometido el sacrilegio de colocarse con los hábitos de San Francisco en el lugar de la iglesia del convento destinado a la estatua del santo.

Con la ayuda de sus protectores obtuvo del papa Clemente VII un indulto que le permitía pasar a la orden de San Benito, entrar a la abadía de Maillezais y poseer, a pesar de su antiguo voto de pobreza, todos los beneficios que podría obtener como benedictino. La orden de San Benito podía ofrecerle un campo más

favorable para el estudio que la de San Francisco, pero Rabelais no se avino con su nueva condición. Sin consentimiento de sus superiores salió del convento, donde no alcanzó a ponerse siquiera los hábitos benedictinos y entró como fraile secular en la casa del obispo de Poitiers, Gofredo d'Estissac, su ex-camarada de estudios del convento de Baumette.

Este obispo, muy aficionado a la literatura antigua, era un verdadero Mecenaz que reunía en su casa a una "élite" de literatos y gentes de saber. Entre ellos Rabelais se hizo de muchas relaciones, a saber: Clemente Marot, Antonio Héroet, Buenaventura des Périers y Calvino a quien le unió la pasión por el griego que ambos sentían. Pero la amistad con este último no prosperó porque les separaba un abismo de convicciones ideológicas. A pesar de todo lo que se ha dicho, Rabelais nunca se inclinó hacia la Reforma; era escéptico hasta para eso.

En ese entonces empezaban a encenderse las primeras hogueras en Francia para ahogar la ola protestante. Rabelais sabía que su vida peligraba, porque sus ex-colegas los monjes, no lo habían perdido de vista. Así es que después de cuatro años de estadía en casa del obispo de Poitiers donde se había dedicado más que nunca a sus estudios predilectos resolvió irse abandonando personas y cosas queridas.

Atraído por la fama de la Facultad de Medicina de Montpellier, dirigióse solo a esta ciudad mediterránea, con el fin de dedicarse al arte de curar. Tenía ya 42 años y estaba en el apogeo de su esplendor físico y mental. Era de alta estatura, hermoso, frente amplia, pómulos salientes y magníficos ojos llenos de vida y expresión. Su conversación era de una maravillosa vivacidad y matizada por su imaginación divertida.

El día de su llegada a Montpellier notó que mucha gente se dirigía a la Facultad de Medicina, donde se iba a discutir públicamente una tesis. Fué él también y pudo ver que la tesis versaba sobre las propiedades de los distintos vegetales, punto que le interesaba. Pero como no estaba conforme con las conclusiones a que habían llegado, manifestó públicamente su descontento, por lo cual

el decano le envió un bedel que le invitó a pasar al salón reservado a los profesores con el fin de que tomara parte en la discusión.

Rabelais abordó el tema de medicina vegetal con tanta profundidad que los doctores que lo escuchaban lo aclamaron por unanimidad. Al día siguiente su nombre era inscrito en los registros de matrículas, después de haber firmado, como se acostumbraba en aquella época, un compromiso en los siguientes términos: "Yo Francisco Rabelais, natural de Chinon, de la diócesis de Tours, he sido traído aquí por el amor al estudio de la Medicina y he elegido como padre al ilustre señor Juan Schyron, doctor y regente de esta fecunda Universidad. Me comprometo a observar todos los estatutos de la Facultad de Medicina, como son observados por aquellos que han dado su nombre, de buena fé, prestando juramento como es de uso; después de esto he escrito mi nombre con mi propia mano el día 16 de Septiembre de 1530. (firmado) Rabelais".

Apenas transcurrido un mes, recibía el título de bachiller en Medicina, por un privilegio especial y por haber disertado tan brillantemente el día de la discusión pública.

El genio de Rabelais se manifestó desde ya. No estaba conforme con la versión latina que circulaba de las obras de Hipócrates y Celene: notaba errores, omisiones y contrasentidos. Poseía un precioso manuscrito griego sobre los mismos autores, el cual le sirvió para corregir las deficiencias anotadas. Este trabajo que reveló sus condiciones de filólogo le dieron mucho honor y fama.

Según la tradición, es Rabelais el que instituyó el grotesco ceremonial de despedida de bachilleres que hasta el siglo próximo pasado aún subsistía en dicha Facultad. Consistía en lo siguiente: Después del examen de bachillerato, los profesores pasaban a la sala del Cónclave para deliberar; entonces el decano de la Facultad le ordenaba acercarse al candidato y le decía: Vístete con la toga roja y sube al púlpito para dar las gracias a quien debes este favor. Luego, al bajar, recibía las felicitaciones de los profesores que lo habían examinado, después de lo cual atravesaba el salón de actos para ir a reunirse en el Cónclave con los doctores. Ese era el momento que aprovechaban sus condiscípulos y amigos para descargarle una lluvia de puñetazos; esos golpes eran la confirmación de

su título de bachiller, algo así como una alegre despedida al camararía que al abandonar la sala donde había rendido examen, dejaba de ser un igual, para elevarse encima de ellos con un grado científico.

Los bachilleres de aquel entonces estaban obligados a ocupar la cátedra durante 3 meses, dictando cursos de su especialidad. Rabalais, cuando terminaba su lección, no desdénaba juntarse con sus discípulos y camaradas para organizar farsas compuestas por él mismo, una de las cuales, la "Moral comedia del que se había casado con una mujer muda" fué imitada por el mismo Molière en su "Médico a palos". El argumento es el siguiente: Un hombre se había casado con una mujer muda; queriendo que hablara, consultó con un médico y un cirujano, quienes de común acuerdo le cortaron una encyglotitis que tenía debajo de la lengua. Recobrada la palabra, la mujer habló tanto, que desesperado el marido volvió al médico para obtener el remedio de hacerla callar. El médico le contestó que conocía el remedio para hacer hablar a las mujeres, pero no para hacerlas callar. Y le propuso como remedio hacerlo volver sordo para que no oyera la interminable charla de su mujer. Pero ésta, al ver que hablaba en vano puesto que él no la oía, se volvió rabiosa. En eso viene el médico para exigirle al señor el pago de los honorarios que le correspondían; mas no pudo obtenerlo porque el demandado contesta que está realmente sordo y no sabe lo que le pide. El médico entonces le arrojó al dorso un polvo misterioso en virtud del cual se volvió loco. No supo prever el resultado; el marido loco y la mujer rabiosa se unieron y tanto golpearon al médico y al cirujano que los dejaron semimueertos.

En ese entonces se produjo un grave conflicto en la casa de estudios de Montpellier. El canciller Duprat había retirado algunos privilegios a su Facultad de Medicina; además se oponía a la reapertura del Colegio de Gironne, anexo, y amenazaba con quitarle a la Universidad el edificio del Colegio y las rentas que producía. Todo esto lo hacía probablemente para satisfacer las pretensiones rivales de la Facultad de París.

Había que enviar urgentemente un embajador a la capital para que pleiteara la causa de la Universidad. No titubearon en la elección: Rabelais fué designado de inmediato, pues era el más docto y elocuente a pesar de que aún no se había graduado de doctor.

Llegado a París se encontró con que Duprat no quería concederle audiencia; pero nuestro hombre no se amilanó por eso. Se vistió en una forma muy llamativa y ridícula: un vestido verde, un gorro armenio, pantalones abombados y unos lentes atados al gorro. Es decir, la misma vestimenta con que representó más tarde a Panurgo. Vestido de tal manera se puso a pasear delante de la residencia del ministro; pronto se formó a su alrededor un tumulto de curiosos transeuntes que lo observaban. El ruido de la multitud atrajo a Duprat que salió a la ventana a ver lo que pasaba y al ver al ridículo personaje mandó a un sirviente a preguntar quien era: "Soy el desollador de terneros", fué la respuesta. Excitado por la curiosidad, Duprat quiso saber para qué había venido a París. Pero cuando se acercó el criado, Rabelais le habló en latín. El criado salió a buscar un gentilhomme que hablara latín; entonces Rabelais se expresó en griego; apareció otro que sabía griego, pero Rabelais le habló en español, después en italiano, en alemán, en inglés y hebreo a cada nuevo intérprete que aparecía.

En vista de lo cual, el canciller Duprat a quien le gustaba tratar con personas espirituales, dió orden de hacerle pasar. Rabelais entonces dejó sus lenguas babilónicas y le habló directamente en francés, exponiéndole con fina elocuencia los motivos que lo llevaban a París. Duprat quedó maravillado de la sabiduría y elocuencia del personaje, hasta tal punto que acordó "ipso facto" lo que le pedía.

La incidencia de los idiomas diversos lo reprodujo Rabelais en su Pantagruel: volveré a insistir más adelante sobre ésto.

Tanta fama adquirió Rabelais con ese éxito que se instituyó en su honor un ceremonial que se conservaba hasta el siglo pasado. Consistía en lo siguiente: Cuando un bachiller tenía que rendir su último examen se ponía la toga que había pertenecido a Rabelais y que se conservaba en la Facultad: era de color rojo, de anchas mangas y con su nombre bordado en oro: Franciscus Rabelæsus Chi-

nonensis. Cada candidato le arrancaba un trozo para guardarlo como preciosa reliquia, de modo que después de unos cuantos años, dicha toga apenas alcanzaba hasta la cintura de los examinados. Se la reemplazó dos veces sucesivas por togas nuevas, hasta que desapareció esa tradicional ceremonia en el siglo pasado.

Antes de graduarse de doctor en medicina, Rabelais abandonó la ciudad de Montpellier, llevado por su espíritu vagabundo. Se dirigió a Lyon donde parece ser que fué llamado por el erudito Esteban Dólet. Entró como corrector de pruebas en una imprenta, siendo además el encargado de escribir los prefacios. Publicó así "Cartas médicas" del italiano Juan Manardi, así como varias obras de Hipócrates y Galeno. Pero estas obras se vendieron tan poco que el librero se quejó ante Rabelais, el cual juró que escribiría un libro que se vendería más en dos meses que lo que se vende la Biblia en nueve años. Así nació la "Crónica Gargantuina" que fué el germen de su obra definitiva "Gargatúa" publicada bajo el pseudónimo de Alcofribas Nasier, anagrama de su nombre.

El título completo del primer libro de su obra es el siguiente: "La vida muy horrificca del gran Gargantúa, padre de Pantagrúel, compuesta por Alcofribas Nasier, abstractor de Quinta Esencia". Puso 10 versos de encabezamiento, donde pide al amigo lector que no se escandalice al leer el libro, ya que no contiene mal ni infección; advierte que no podrá aprender más que a reir, ya que él no posee otro argumento para contrarrestar el dolor que consume a los hombres. Agrega que es mejor escribir con risas que con lágrimas ya que "el reir es lo propio del hombre".

En el prólogo, dice el autor que la obra está dedicada a los enfermos gotosos, reumáticos y variolosos (nombre éste último que se usaba para encubrir a los luéticos). Advierte al lector que el libro puede inducirlo en engaño porque aparenta no tratar más que de frivolidades. No hay que juzgar por las apariencias. El hábito no hace al monje. Sócrates en su aspecto exterior era feo, hasta ridículo, de nariz puntiaguda, de costumbres simples, infortunado en amores y disimulando siempre su divino saber. Pero su interior escondía grandes tesoros: tenía un entendimiento superhumano, virtudes maravillosas, coraje invencible y un gran despre-

cio por todas las vanidades que apetecen los humanos. Termina invitando al lector a “romper el hueso y sacar la médula que contiene”.

El personaje central es Gargantúa, hijo del gigante Grandgousier. Este es un hombre rústico e ingenuo, de pasiones vivas e infantiles a la vez, un verdadero producto de la naturaleza, en una palabra. Representa al hombre medioeval y más propiamente al rey Luis XII.

Su hijo Gargantúa ya dió al nacer muestras de su genio. Nació gritando tres veces: “Dadme de beber”. En vista de la enorme garganta que tenía, lo bautizaron con el nombre de Gargantúa. Hasta los cinco años de edad, se crió en medio de la mayor libertad; a pesar de ser hijo de reyes llevó la vida de todos los niños de la región: bebía, comía y dormía; se revolcaba en la tierra, jugaba con los perros y volvía a su casa cubierto de inmundicias.

Cuando cumplió los cinco años el padre fué a visitar a su hijo Gargantúa, entablándose entre ambos un diálogo inmundo, puramente escatológico. Grandgousier sacó la conclusión de que su hijo era inteligente, resolviendo de inmediato ponerle un preceptor que cuidara de su formación intelectual. La elección recayó en un doctor sofista; el alumno estudiaba pero no podía progresar, porque la enseñanza desafortunada que recibía no hacía más que bastardear su espíritu. En cinco años de estudios apenas aprendió a decir la cartilla de memoria, pero la decía al revés.

Al fin resuelven emplear los servicios de Panócrates, nuevo preceptor, con el cual emprende viaje a París, para ver qué estudios le convenían.

El autor pinta la escena de la llegada a la capital del desmesurado gigante montado en una yegua descomunal. Al pasar delante de la catedral de Notre-Dame, se le ocurrió que las grandes campanas de las torres servirían de campanillas para su yegua. Como lo pensó, lo hizo; pero el pueblo parisién al ver el sacrílego robo, le rogó que devolviera las campanas, comprometiéndose en cambio a alimentar su yegua durante el tiempo de su estadía en París, cosa bastante onerosa por cierto.

Los capítulos que siguen son mucho más interesantes, porque

hablan de la vida de estudiante que llevaba Gargantúa. Como Ponócrates, el preceptor, le dejaba que hiciera las cosas a su gusto, nuestro hombre se levantaba a las 8 o 9 de la mañana; se peinaba con el peine de Alemania (los cinco dedos de la mano), porque de otro modo sería perder tiempo. Enseguida se ponía a comer y beber desmesuradamente. El preceptor le observaba que eso no era saludable, que antes debía hacer algún ejercicio; pero el otro le contestaba que antes de levantarse ya se había revolcado 6 o 7 veces en la cama.

Luego iba a la iglesia a escuchar misa. De regreso se dedicaba al estudio, apenas media hora. Sus ojos estaban sobre el libro, pero su alma en la cocina. Por fin veía la hora de sentarse de nuevo a la mesa. Comía varias docenas de jamones, lengua de buey, budines, mostaza por cucharadas y bebía unos horribles tragos de vino para aliviar los riñones, según decía.

Dejaba de comer cuando el vientre le tironcaba. Decía que el beber en cambio no debía tener fin ni límite. Terminado el almuerzo, se lavaba las manos con vino fresco, se mondaba los dientes con un pie de cerdo y se acostaba sobre una alfombra a jugar a las cartas o a los dados. Luego dormía unas dos horas. Al levantarse bebía nuevamente, estudiaba otro poco y salía a pasear montado en una mula. Volvía para cenar, bebía copiosamente en compañía de amigos y mujeres; luego se acostaba hasta las 8 del día siguiente.

Ponócrates, el preceptor, que al principio le dejaba hacer, resolvió corregir la viciosa manera de vivir de su discípulo, pero fué tolerante los primeros días, por aquello de que la naturaleza no admite mutaciones súbitas.

Implantado el nuevo régimen de vida, consistía en lo siguiente: Se levantaba a las 4 de la mañana y mientras se vestía y se desayunaba, un criado le leía pasajes de la Sagrada Escritura, para que no perdiera ni un minuto del día. Luego estudiaba tres horas seguidas al cabo de las cuales iban ambos a jugar a la pelota "ejercitando sus cuerpos como antes habían ejercitado sus almas".

Dejaban el juego cuando bien les parecía o cuando se cansaban e iban a almorzar.

Mientras comían escuchaban la lectura de antiguas proezas históricas. Luego se instruían conversando sobre lo que les era servido en la mesa: la naturaleza y propiedades del pan, del vino, de la sal, agua, carne, pescado, frutas, hierbas y raíces. Mientras hacían la digestión construían instrumentos y figuras geométricas o bien se dedicaban a la música. Así aprendió Gargantúa a manejar la viola, el laúd y el harpa.

Después venían 3 o 4 horas de estudio, yendo luego a practicar la equitación, la caza y la natación. Una de las pruebas que hacía Gargantúa consistía en atravesar el Sena a nado con una sola mano, llevando la otra en el aire con un libro sin mojarlo. Después de esos ejercicios se aseaban y se mudaban la ropa. Venía la hora de la música y del canto; luego el juego de los dados y la cena, la cual era frugal por imposición de Ponócrates. Comía justo "para refrenar los ladridos del estómago". Buscaban la compañía de personas letradas y especialmente de las que habían viajado, para instruirse con su conversación.

Cuando el tiempo era lluvioso y no podían salir, prendían un buen fuego y como ejercicio Gargantúa hachaba leña y trillaba trigo en la granja. O bien iba a ver cómo trabajaban los obreros y operarios, interesándose por los diversos oficios.

Para que descansara de ese riguroso tren de vida, Ponócrates daba a su discípulo asueto una vez por mes; ese día lo pasaba en los alrededores de la ciudad, donde se tomaban toda clase de libertades.

Una de las creaciones más felices de Rabelais es la de la abadía de Telema, descrita en los últimos capítulos del Libro I.

Llegado al trono de su país, Gargantúa resolvió construir una abadía modelo, espejo y flor de los monasterios.

Los monjes y monjas que habitaban el mismo edificio, entraban y salían cuando les parecía bien. En vista de que los religiosos acostumbran a hacer los tres votos: de castidad, pobreza y obediencia, se estableció que allí los monjes podían casarse: si querían, podían ser ricos y vivir en libertad sin restricciones.

El edificio era grandísimo e imponente. “Era cien veces más magnífico que los castillos de Chantilly y Chamberd”. Tenía 9.332 piezas. Estaba dotada de una rica biblioteca y no carecía de canchas de juego a la pelota, lizas, teatro y piletas de baño y natación. Las mujeres como los hombres se vestían muy lujosamente, a su gusto y fantasía. Su vida no estaba reglada por ninguna ley ni estatuto. Se levantaban cuando querían: bebían, comían, trabajaban y dormían cuando les venía en ganas. La única regla era ésta: *Haz lo que quieras*. En esta frase se resume toda su pedagogía. Decía que las personas libres, bien nacidas, bien instruídas, tienen por naturaleza un instinto que los empuja hacia la virtud y los aleja del vicio: ese instinto se llama honor. Las personas emprenden cosas prohibidas y apetecen lo que se les niega. Rabelais termina el capítulo destilando su odio sobre sus ex-colegas los monjes en una inscripción que pone sobre la portada de la abadía. Salta a la vista la superficialidad de su sistema condensado en el “Haz lo que quieras”. Como Rabelais siente su rectitud natural y su buena voluntad, quiere erigir su propio instinto en ley general de la humanidad; pero hay que convenir en que sus ilusiones son demasiado optimistas en cuanto se refiere a la inclinación innata del hombre al bien.

El libro I de la obra de Rabelais tuvo tal éxito que se decidió a continuar su historia de gigantes, componiendo una obra maestra de malicia, erudición y buen sentido.

Este libro II aparecido en 1533 se titulaba: “Pantagruel, rey de los Dipsodas, con sus proezas y hechos espantosos”.

En el prólogo dice el autor que sabe de algunos que creyeron tan firmemente en su primer Libro, que hasta lo usaban para curar el dolor de muelas, colocándolo entre dos paños calientes a manera de sinapismo. Leyéndolo, los gotosos y varicosos mejoraban de sus dolencias, a semejanza de lo que ocurre con las mujeres en dolores de parto, que según la leyenda, sufren menos al oír la lectura de la vida de Santa Margarita. Sostiene Rabelais que su libro no tiene parangón, lo que está dispuesto a sostener hasta el fuego *exclusive*. Esta expresión: “hasta el fuego exclusive” debe hacernos pensar, porque seguramente Rabelais le ha dado un sen-

tido mucho más profundo del que aparentemente tiene. El fanatismo y la violencia que imperaban entonces, repugnaba a su libre y risueña naturaleza. El pensaba con Montaigne que morir por una idea es darle demasiado valor a simples conjeturas.

A propósito, Serenus, un personaje descrito por Jules Lemaitre, decía que es una impertinencia dejarse llevar a la hoguera por una opinión y agregaba que es chocante ver hombres tan seguros de ciertas cosas, cuando a menudo se busca uno a sí mismo sin encontrarse.

Anatole France, en el tercer tomo de su "Vida literaria" se ocupa del tema y escribe con su pluma incomparable que los mártires carecen de ironía, lo cual a sus ojos es un defecto imperdonable, porque sin la ironía el mundo sería como un bosque sin pájaros; agrega que la ironía es la alegría de la reflexión y el júbilo de la sabiduría.

El primer capítulo del Libro II habla del nacimiento del personaje central, Pantagrúel, el cual era tan grande y pesado que sofocó a su madre Badebec, que murió en efecto a consecuencias del parto. Al ver a su esposa muerta y a su hijo recién nacido, Gargantúa no sabía qué hacer. De repente "lloraba como una vaca" o bien "se reía como un ternero". Ante el espectáculo de la muerte, ésta es su filosofía: "Mi mujer está muerta, y bien por Dios! no la resucitaré yo con mis llantos; ella está bien; estará en el Paraíso por lo menos, si no hay algo mejor; ruega a Dios por nosotros, es dichosa, no se preocupa de nuestras miserias y calamidades. Dios guarde la difunta. Debo pensar en buscar otra mujer". Luego manda a las parteras que vayan al entierro, mientras él hamaca a su hijo".

Pantagrúel crecía a ojos vistas y dió muestras de su fuerza hercúlea estando aún en la cuna; de todo lo cual se alegraba su padre.

Cuando alcanzó la edad conveniente fué enviado a estudiar a Poitiers, porque Gargantúa quería que su hijo se instruyera, aunque prefería a la instrucción la rectitud del espíritu y la virtud del corazón. Por eso, al despedirlo le dice estas profundas pala-

bras: "No olvides hijo, que ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma".

Deseoso de correr mundo y especialmente de visitar las distintas universidades de Francia, Pantagruel no se detuvo en Poitiers, sino que pasó por Rochela, Burdeos, Tolosa y Montpellier.

Tenía proyectado estudiar medicina en esta última ciudad, pero abandonó la idea en vista de que era muy triste el oficio de médico. Fué a la ciudad de Bourges a estudiar leyes, pero la profesión de abogado también le disgustó. Finalmente, acompañado siempre por su preceptor Epistemón, llega a Orleans, donde encuentra a un estudiante lemosín que alaba la Universidad de París en una jerga mezcla de latín y francés.

Picado por la curiosidad, Pantagruel se decide a ir a estudiar a París. Aquí recibe una carta de su padre donde le invita a estudiar con provecho en primer lugar las lenguas, especialmente el griego y el latín, el hebreo (para la lectura de las Sagradas Escrituras) y finalmente el caldeo y el árabe. También le aconseja estudiar la astronomía, geometría, música y aritmética, así como las artes liberales.

Pero, agrega, no olvides que te conviene servir, amar y temer a Dios y poner en El todos tus pensamientos y esperanzas. Sé servicial para con tus prójimos y ámalos como a tí mismo. Respeta a tus preceptores, huye de la compañía de las personas a quienes no quieras parecerte. Y cuando veas que has adquirido suficiente saber, vuélve a casa a fin de que te vea y te dé la bendición antes de morir.

Un día marcha Pantagruel camino de la abadía de San Antonio y encuentra a un hombre de bella estatura y elegante de cuerpo, pero con la ropa en desorden y herido en diversas partes, de modo que parecía escapado de los perros.

Pantagruel lo detiene y le pregunta qué le sucede, ofreciéndose para ayudarlo. Panurgo le contesta en idioma alemán, diciéndole que sería muy fastidioso tener que contarle lo sucedido, a pesar de que los poetas y oradores antiguos decían en sus sentencias que el recuerdo de la desgracia sufrida es una fuente de placer. Pantagruel le dice que no entiende el alemán. Entonces el otro le

habla en un árabe corrompido. Se le entiende menos y el raro personaje se despacha sucesivamente en italiano, inglés, vasco, en una jerga incomprensible, luego en holandés, en español, danés, hebreo, griego, bajo bretón y latín. Fastidiado de esos discursos babilónicos, pregunta Pantagrúel si no sabe hablar en francés, a lo que responde Panurgo que lo habla y muy bien por ser su lengua materna. Le cuenta entonces que es natural de Turena y que vuelve de Turquía donde había sido llevado en calidad de prisionero. Pero no quiso seguir contando nada más porque tenía "los dientes agudos, el vientre vacío, la garganta seca y el apetito estridente". Se le dió de comer y beber, entablándose entre ambos desde ese día una amistad que debía perdurar mientras vivieran.

Panurgo era un hombre de estatura mediana, de nariz aguilina. de unos 35 años de edad. Estaba afectado de una enfermedad crónica, la falta de dinero, aunque tenía 63 maneras distintas de procurárselo: era un jugador fullero y un ladrón, cuando la ocasión se presentaba. Por lo demás "era el mejor hombre del mundo".

Como los jovencuelos, se divertía maquinando algo contra los soldados y las rondas policiales.

En ese entonces, Pantagrúel recibe carta de su padre, donde le dice que su ciudad está sitiada por el enemigo y que necesita ayuda. El hijo se embarca entonces en un navío en compañía de Panurgo, Epistemón y otros dos. Cuando llegan a la costa del reino de Utopía, punto de destino, son atacados por 660 hombres a caballo, pero una ingeniosa trampa inventada por Panurgo aniquila a todos ellos. Celebran su victoria con un opíparo banquete y se aprestan a atacar el grueso del ejército compuesto de varios miles de soldados y 300 gigantes, comandados por Loup - Garou (Duende). Los soldados son emborrachados mediante una trepa y quemados vivos. Luego se entabla un combate singular entre Pantagrúel y Loup - Garou, el cual está armado de una maza y de grandes piedras. El gigante enemigo es muerto y Pantagrúel tomándo-

lo de las piernas lo usa como porra para matar a los 300 gigantes restantes.

En el calor del combate, un trozo de piedra desprendido casualmente va a cortar la cabeza de Epistemón, preceptor de Pantagruel. Gran desesperación de sus amigos. Pero Panurgo consigue resucitarlo y el autor entonces aprovecha para hacer hablar a Epistemón sobre lo que vió en el otro mundo. Había estado en el Infierno, donde conversó con Lucifer. También vió los campos Elísicos. Los grandes personajes de la historia desfilan entonces. Los señores que habían llevado una vida magnífica en este mundo, ahí debían ganarse el pan en tristes menesteres.

En cambio los filósofos y los indigentes vivían en medio del mayor esplendor.

Nuestros héroes toman prisionero a Anarquís, rey de los Dipsodas quien dirigía la invasión contra Gargantúa, y lo entregan a Panurgo, el cual aprovechando la lección aprendida en el otro mundo lo hace vendedor ambulante de salsas.

Un capítulo muy interesante es aquel que muestra al mismo autor del libro, el cual consigue meterse en el interior de la boca del gigante Pantagruel, que era un mundo aparte, con grandes montañas, (los dientes), praderas, bosques y ciudades. Después de 6 meses de pintoresco viaje, sale de la boca de Gargantúa y vuelve a nuestro mundo.

En fin, el país de los Dipsodas es definitivamente conquistado y Pantagruel es coronado rey.

Termina el autor el Libro II, diciendo que tal vez algunos le reprochen el haber escrito un libro lleno de chanzas; pero, agrega que lo ha hecho para distraer a la gente y que tanto los lectores como el autor son más dignos de perdón que ciertas personas (se refiere a los monjes) que se han disfrazado para engañar al mundo y se ocupan de revisar sus libros para ver si pueden castigar al autor. Termina así: "Huid de esas personas, aborrecedlas y odiadlas como yo lo hago. Y si queréis ser buenos pantagruelistas, es decir, vivir en paz, alegría y salud, no os fiéis de la gente que acostumbra a mirar por un agujero".

Este libro II tuvo tanta venta que en el mismo año de su aparición se hicieron 3 ediciones distintas.

A continuación escribió Rabelais la Pronosticación Pantagruelina, que por sus ideas y estilo tiene gran analogía con sus demás obras satíricas. Se trata de una broma dirigida contra la astrología y la quiromancia, tan en boga en aquella época y una burla para los que creían en ellas. El título de la obra, "Pronosticación", engañó a los compradores que creían que contenía profecías verdaderas. El libro tuvo una boga inmensa, agotándose varias ediciones sucesivas.

A pesar de la aversión que sentía por esas imposturas charlatanescas, Rabelais se erigió en astrólogo, sin quererlo, impulsado por el éxito de librería obtenido.

En su observatorio de Lyon, compuso además 5 o 6 almanaques que llevan el sello característico de su ingenio y en los cuales persiste proclamando la falsedad de las predicciones astrológicas. Esos almanaques estaban hasta no hace mucho tiempo en poder del sabio bibliófilo Naudé y del obispo Huet; pueda ser que algún día aparezcan en alguna biblioteca.

Sobre el libro Pantagruel, diré que tiene pasajes pesados que podían haber sido suprimidos sin perjudicar el conjunto, como por ejemplo la guerra sostenida contra los Dipsodas.

Pero en cambio, hay capítulos escritos con mano maestra, como los relativos al nacimiento, infancia y educación de Pantagruel y sobre los cuales he insistido a propósito más arriba.

El bibliófilo Jacob que consagró su vida entera al estudio de Rabelais y de sus obras, dice que encuentra en el libro que nos ocupa "la razón más elevada y luminosa en medio de las mayores extravagancias y más abstractas alegorías". Considera que Rabelais había escondido perlas en medio de un estercolero.

Por lo que acabamos de decir, el libro agradó a todo el mundo, excepto a los monjes y a los doctores de la Sorbona a quienes atacó abiertamente, calificándolos con adjetivos malsonantes: sorbonistas, sorbonagros, sorbonícolos, etc.

Un amigo de la infancia de Rabelais, el obispo de París, Juan du Bellay, acababa de ser nombrado embajador especial ante el

Vaticano y quería a toda costa que el escritor fuera con él. El obispo era un hábil político, un orador elocuente y un poeta enjundioso. Se sabe que secretamente abrazaba las doctrinas filosóficas emanadas de la Reforma y admiraba al autor de Gargantúa y Pantagruel por la novedad de sus puntos de vista morales.

Para Rabelais, esa invitación a visitar Italia y especialmente Roma, era la realización de un sueño que había acariciado desde hacía tiempo. Las condiciones del viaje eran inmejorables porque sin gastar un centavo llegaría a destino, acompañado por un viejo amigo con quien simpatizaba en todas las cuestiones de literatura, filosofía y ciencias. Tenía intención de relacionarse con los sabios de todas las ciudades de Italia que atravesara; se había propuesto estudiar las propiedades de las plantas y productos farmacéuticos de que Francia carecía; por último pensaba levantar un plano topográfico de la ciudad de Roma. Pero pronto se decepcionó, su paso por las ciudades italianas fué demasiado rápido para poder trabar relaciones con la gente instruída; en cuanto a las plantas farmacéuticas solo halló una que no conocía.

Llegado a Roma, Rabelais dedicó sus ocios a estudiar los monumentos antiguos; levantaba planos y dibujaba obras arquitectónicas a veces acompañado por el obispo Du Bellay a quien también le entusiasmaba la arqueología.

Pronto supo que un italiano, Bartolomé Marliani, había dado a luz una topografía de la antigua Roma; en vista de lo cual Rabelais suspendió los trabajos comenzados.

La tradición cuenta que Rabelais no podía con su genio humorístico y que delante del papa Clemente VII había hecho algunas bromas por demás licenciosas. Una vez que dijo una "boutade" de grueso calibre, asustado de sus propias palabras, montó a caballo y salió al galope, a pesar de que reinaba una terrible tempestad. Dijo que temía menos a la lluvia que al fuego, y que prefería ser mojado a ser quemado. El obispo Du Bellay mandó a uno de sus cortesanos para que lo fuera a buscar y lo trajera al Vaticano, donde no tardó en obtener el perdón del Sumo Pontífice. En honor a la verdad, éste no era muy puritano en lo que a chanzas se refiere; a veces las provocaba él mismo y bastante licenciosas.

Estuvo Rabelais 6 meses en Roma, en el transcurso de los cuales no se interesó por ningún cuadro ni estatua: debemos sacar la conclusión de que no poseía el sentido del arte.

El embajador en Roma necesitaba enviar una comunicación importante al rey Francisco I y designó a Rabelais para que cumpliera la misión que debía ser secreta. Partió éste y llegado que hubo a Lyon, le acaeció la aventura más conocida tal vez de su vida. Estaba alojado en una posada y no tenía ni un centavo para pagar al hotelero; temía que lo identificaran, lo que comprometería el secreto de su misión, en vista de lo cual inventó una hábil estratagema para salir del paso; esto pasó al idioma como expresión: el cuarto de hora de Rabelais. Como éste había ejercido su profesión de médico en Lyon durante varios años, debió disfrazarse convenientemente para no ser reconocido. Después invitó al hotel a los médicos de la ciudad para darles una conferencia sobre sus observaciones particulares, apareciendo como un distinguido galeno que había hecho viajes de especialización. Pronto tuvo un nutrido auditorio. Rabelais, cambiando su voz, habló un largo rato sobre las cuestiones más arduas de la Medicina. De repente toma un aire misterioso, cierra las puertas y anuncia que les va a revelar un gran secreto. Luego, mostrándoles unos paquetitos: "He aquí un veneno muy sutil que he encontrado en Italia; está destinado al rey y a la reina, que beben la sangre del pueblo francés y de quienes quiero libraros". A estas palabras los asistentes se miran en silencio y abandonan la sala. A los pocos momentos, la autoridad advertida, hace rodear la posada por la policía, se incautan de Rabelais y lo hacen conducir en litera a París, bajo severa vigilancia. En el camino lo tratan con magnificencia por tratarse de un prisionero de distinción.

Llegado a destino, lo conducen a la presencia de Francisco I para que vea al terrible criminal. ¡Cuál no sería su sorpresa al verlo a Rabelais en persona, su leal amigo! El rey despidió a los policías asombrados y después de abrazar a su pretendido victimario, lo invita a comer.

Con esta estratagema, Rabelais no pagó al posadero de Lyon y además hizo gratis un viaje en litera desde esta ciudad hasta

París. Pero el escritor no permaneció aquí durante largo tiempo; volvió pronto a Lyon, la sede de sus actividades. Hizo imprimir la Topografía Romana de Marliani y se entregó luego con todo ardor a sus estudios predilectos. Ya había adquirido una sólida reputación científica y literaria, cuando fué nombrado médico del Hospital Mayor de la ciudad. En tal carácter dictó cursos públicos de anatomía humana. Es famosa una demostración que hizo ante un público numeroso, en la cual diseccionó el cuerpo de un criminal que había sido ejecutado la víspera, dando una elocuente explicación de la estructura interna del cuerpo humano.

Pero la anatomía no era lo único que le absorbía; al salir del anfiteatro subía a su observatorio, donde hacía trabajos astronómicos hasta muy avanzada la noche.

Corrían los años 1534 y 35 cuando reimprimó su Gargantúa y Pantagruel, limpiándolos de palabras malsonantes para la Sorbona. En cuanto a Gargantúa lo reformó por completo. Entonces empezaron a buscarle el sentido secreto y aparecieron una infinidad de claves, que pretendían adivinar los enigmas de su obra. Rabelais mismo se reía del poco fundamento de dichas claves y de los que se ocupaban de buscar alegorías donde no existen.

Corría la voz de que Rabelais había fundado una sociedad secreta de pantagruelistas cuyo objeto sería el de propagar el calvinismo entre el pueblo bajo y el epicureísmo entre las altas clases de la sociedad. La abadía de Telema, de que me ocupé al hablar del Libro I, representaba la nueva filosofía tal como era comprendida por los hombres más eminentes de la época, pero difería de la reforma mesquina e inflexible de Calvino. Este, que siempre había contado con el apoyo moral de Rabelais, vió con amargura que Gargantúa y Pantagruel no eran obras que lo secundaran. Se produjo entonces la separación entre los dos, la cual, a medida que transeurría el tiempo, se transformó en odio profundo. Rabelais no sintió la pérdida de ese amigo. Se ocupó de estrechar más los lazos de amistad que lo unían al erudito Esteban Dolet y al poeta Clemente Marot. Las actividades literarias y filosóficas de los tres, despertaron las sospechas de la Iglesia y para evitar persecuciones debieron separarse.

Con motivo de unos carteles sacrílegos que aparecieron pegados en los muros de París se inició una severa pesquisa. Los inquisidores allanaron el domicilio de Marot en la capital incautándose de algunos libros condenados por la Universidad. Al saberlo, el poeta huyó de Lyon para refugiarse en la corte de la reina María de Navarra, pero como aquí tampoco se sentía seguro, siguió viaje hasta Ferrara, entrando en la casa de la duquesa Renée de Francia, que acordaba protección a los partidarios de la Reforma. La vida de Rabelais también corría serio peligro y él, entendiéndolo, juzgó prudente dejar "pasar la tormenta" y se dirigió apresuradamente a Italia a fines de 1536.

Llegado a Roma entró en la casa de su antiguo amigo Juan Du Bellay, obispo de París, en calidad de médico, lector, secretario y bibliotecario. El trono del Vaticano estaba ocupado por Pablo III, sucesor de Clemente VII. A pesar de la seguridad que podía ofrecerle la casa de su amigo el obispo, Rabelais creyó prudente para evitar el peligro de las sanciones eclesiásticas, pedir al papa una absolución general. En esa súplica redactada en latín, confiesa sus faltas y cuenta su huída del convento de Maillezaiz; termina pidiendo además de la absolución plenaria, permiso para volver a tomar el hábito de San Benito y para practicar su profesión de médico, con fines caritativos y no por afán de lucro.

Rabelais obtuvo del papa todo lo que pedía, sin que interviniera para nada su poderoso amigo. Probablemente temía que Du Bellay se perjudicara ante el clero de Francia, si se declaraba protector del enemigo de los monjes y de la Sorbona.

A pesar de que poseía el breve papal absolutorio, Rabelais no se apuró a volver a Francia, donde la persecución religiosa estaba en su apogeo. Esperó la llegada del emperador Carlos V que venía de Nápoles a visitarlo al papa, con el objeto de formar una liga contra Francisco I. Se prepararon fiestas magníficas para recibirlo, para lo cual hubo que demoler unas 200 casas y 4 iglesias. Antes de irse de Roma, Rabelais tuvo ocasión de hacer víctima de sus chistes al nuevo papa Pablo III, como antes había hecho con Clemente VII. El Sumo Pontífice excitaba el buen humor

del eterno bufón por su credulidad supersticiosa, que lo hacía rodearse de astrólogos y horoscopios.

Llegado a Montpellier, Rabelais se dirigió de inmediato a la Facultad de Medicina a proseguir sus estudios interrumpidos. Graduóse de doctor en Mayo de 1537 y según costumbre de la época, pagó su tributo a la Facultad con unas clases públicas, tocándole interpretar las obras de Hipócrates. Al año siguiente dió un curso de anatomía, sin haber sido profesor, y se retiró de dicha Facultad de Medicina, al parecer definitivamente, a mediados de 1538.

La alta casa de estudios no olvidó al hombre que tanto hizo por su gloria y mandó poner el retrato de Rabelais entre los de los profesores.

A esta altura, la vida del escritor no aparece muy dilucidada ante la historia. Se cree que se dirigió a París a ver a sus amigos Clemente Marot, recién salido de la prisión y Dolet, vuelto de su destierro. Encerróse por poco tiempo en la abadía San Mauro, de benedictinos, con sus libros e instrumentos, pero salió, llevado por su humor viajero, a ejercer la medicina en distintas ciudades.

Volvamos a su producción literaria. Hacía 10 años que había publicado el segundo libro de Pantagruel y no seguía la obra, aterrorizado por las persecuciones del Parlamento de París contra los herejes: su amigo Dolet fué quemado vivo en 1543 y Clemente Marot estaba desterrado por haber traducido al francés los Psalmos de David. En vista de eso, consiguió un privilegio especial del rey Francisco I para poner en prensa lo que tituló: "El tercer libro de los hechos y dichos históricos del noble Pantagruel!"; estaba dedicado a la memoria de la reina de Navarra.

Francisco Rabelais firma con su verdadero nombre este libro; no tenía necesidad del anagrama, protegido como se hallaba por el privilegio real.

La continuación de su obra despertó el mayor interés en toda Francia. El autor aquí ya no se ocupa de parodiar las novelas de caballería; entra directamente a hacer la crítica del mundo y la comedia del hombre, dentro de un amplio plan favorable a las digresiones filosóficas.

Pantagruel deja de ser el personaje principal, para cederle

el sitio a Panurgo. Este quiere contraer matrimonio y para saber si debe hacerlo, consulta: primero con su amo Pantagruel, luego con una sibila, con un poeta, con el astrólogo Herr Trippa; éste último le predice que será engañado por su mujer. Descorazonado lo va a ver al hermano Juan des Entommeures, monje sensato y de buen corazón: éste le recomienda para evitar que su mujer lo engañe, usar el procedimiento del anillo, que el italiano Poggio describió ya en sus obras. Después consulta con un teólogo, un médico, un legista y un filósofo. El médico le explica científicamente todas las causas que pueden provocar el adulterio de la mujer y trata en toda forma de denigrar al sexo femenino. Dice así: “La mujer es tan frágil, tan variable, tan mudable, tan inconstante e imperfecta, que al crearla me parecé que la naturaleza se ha apartado de ese buen sentido con el cual creó todas las demás cosas del Universo. Después de haberlo pensado 100 y 100 veces, saco la conclusión de que al ser creada la mujer, se tuvo más en cuenta el deleite del hombre y la perpetuación de la especie humana que su perfección particular”.

La aparición de este 3º. libro les pareció un reto a los monjes y doctores en teología de la Sorbona, quienes se dirigieron al rey pidiéndole que anulara el privilegio expedido a Rabelais. En vista de lo cual, Francisco I se hizo leer la obra para juzgarla personalmente, pudiendo comprobar que las acusaciones eran infundadas.

Los enemigos del escritor lo atacaron, valiéndose de su propio nombre; decían que Rabelais viene de dos palabras latinas “rabie” y “loesus”, que significa “mordido por un perro rabioso”. Pero sus amigos lo defendieron. Ponthus de Thiard, poeta de la Pléyade buscó en la lengua árabe el origen del nombre Rabelais, encontrando dos palabras: “rab” y “lez” que significan “maestro burlón”.

Nuestro escritor hace un tercer y último viaje a Roma y al regresar obtiene por intermedio de Juan du Bellay, obispo de París, el curato de Meudon en 1551.

Este nombramiento excita a sus enemigos, especialmente al filósofo Pedro Ramus, quien en sus polémicas con Pedro Galland

aprovecha esta ocasión para ridiculizarlo a Rabelais. Este, cansado de ser el juguete de los dos polemistas, y deseando además rechazar los furibundos ataques de Calvino, se decidió al fin a publicar el IV libro de Pantagruel.

Este está dedicado a Monseñor Odet, cardenal de Châtillon. Dice el autor que él escribe la crónica de Gargautúa y Pantagruel, no para obtener gloria, sino para consuelo de sus enfermos. Hipócrates ya había comprobado que el médico malhumorado, tético y severo entristece al enfermo; en cambio el que muestra un rostro alegre y sereno lo regocija. Termina solicitando al cardenal, protección contra los calumniadores que lo acusan de herejía con el fin de llevarlo a la hoguera. En el prólogo invita a los lectores a plégarse al pantagruelismo que consiste en alegría espiritual unida al desprecio de las cosas fortuitas.

Varios capítulos del IV libro están dedicados al viaje que los protagonistas emprenden por mar. En el mismo barco viaja un hacendado, Dindenault, que conduce una manada de lanares. Al verlo a Panurgo lo insulta gravemente y éste jura vengarse. Le compra un carnero y lo arroja al agua. Los otros animales, acostumbrados a seguir por todas partes al primero de ellos, se tiran sucesivamente al mar. Dindenault viéndose arruinado quiere retener al último carnero que le quedaba, pero éste también se arroja llevándose al hacendado al fondo del océano.

En este cuento Rabelais quiere hacernos ver la irresponsabilidad de los pueblos que acostumbrados a seguir ciegamente a sus jefes caen en los mayores peligros.

Al poco tiempo estalla una gran tempestad, poniendo en aprietos a los tripulantes de la frágil embarcación. Todos se disponen a capear el temporal, menos Panurgo, que cobardé como siempre no hace más que llorar. Pasado el peligro pretende hacerse pasar por buen compañero.

Más adelante vienen unos oscuros capítulos dedicados a la descripción de Quaresmeprenant. El doctor Le Double en su obra "Rabelais anatomista y fisiólogo" demuestra que revelan un profundo conocimiento de la anatomía descriptiva, la acción fisiológi-

ca de los principales alimentos y el invento de un aparato de cirugía y otro de fracturas, copiado más tarde por Ambrosio Paré.

Este libro IV era mucho más atrevido que los precedentes. Alegorizando siempre, no cesó un momento de atacar a los monjes, algunos principios de la Iglesia y al mismo Papa.

La Facultad de Teología encargada de la censura, ordenó inmediatamente que el libro fuera retirado de la venta, ya que estaba plagado de herejías. La persona de Rabelais en cambio no fué molestada por interposición del mismo rey, a la sazón Enrique II. El cardenal de Châtillon interpuso sus influencias y al fin, a principios de 1553 el libro pudo circular libremente. Rabelais recomendó a su protector dedicándole la obra, según dije más arriba. Tan lleno de neologismos estaba este libro IV, que el autor dió a luz al poco tiempo una "Breve declaración de las dicciones más oscuras", contenidas en la obra.

Pero los años pasaban y Rabelais se encontraba viejo y achacoso, desempeñando su ministerio en el curato de Meudon. A pesar de las hostilidades que le hacía su ex-amigo Ronsard, su vida se deslizaba apacible y serena. Recibía a las personas distinguidas que venían desde París a verlo, oficiaba misa y enseñaba a leer a los analfabetos. A pesar de su avanzada edad no había decaído su amor al estudio; poseía una rica biblioteca compuesta de libros raros y manuscritos de valor. Justamente la edición que publicó de los Aforismos de Hipócrates fué sacada de un manuscrito que le pertenecía. Rabelais era un lector activo: los libros de su biblioteca estaban llenos de notas explicativas y críticas escritas en los márgenes.

El gran escritor murió en París en una fecha incierta que algunos fijan en el 9 de Abril de 1553. Fué enterrado en el cementerio de la parroquia de San Pablo al pie de un árbol que subsistió más de un siglo. No se sabe con exactitud cómo fueron sus últimos momentos, porque mientras sus amigos los califican de edificantes, sus numerosos enemigos aseguran que el moribundo no creía en la otra vida. En el momento en que se le administraba la Extremaunción, dijo en voz alta que le estaban engrasando las botas para el gran viaje. Se le vistió con el hábito de fraile benedictino y al en-

trar en agonía dictó el siguiente testamento: "No poseo ni un centavo. Debo mucho dinero; el resto lo doy a los pobres". Antes de expirar dijo: Bajad el telón, la farsa ha terminado.

Todos los poetas contemporáneos le compusieron epitafios en versos latinos y franceses. Ronsard, que no quiso perdonarlo ni después de muerto, le compuso uno muy satírico aunque falso, puesto que lo presentaba como un ebrio consuetudinario.

Varios años después de la muerte de Rabelais, en 1562, apareció el 5.º libro de Pantagruel bajo el título de "La isla sonante"; no se componía más que de 16 capítulos. Las ediciones siguientes completaron sucesivamente la obra, tal vez con trabajos de otros autores. Este libro V que está precedido de un epigrama de Juan Turquet, fué insistentemente calificado de apócrifo. Sin embargo, el manuscrito, según opinión de autorizados bibliófilos, es auténtico y ha sido copiado del original mientras vivía Rabelais o poco después de su muerte. Dicho manuscrito pertenece a la que se llamó Biblioteca del Rey (hoy Biblioteca Nacional), donde se conserva desde hace mucho tiempo, aunque se ignora cómo ha entrado. Se cree con mucho fundamento que ese manuscrito nos viene de Ronsard, porque en el pergamino que sirvió para la encuadernación del volúmen figura el nombre de este último en un recurso de apelación. Se acepta que ese manuscrito es más correcto y completo que todos los precedentes. Contiene un capítulo nuevo con una rota muy curiosa escrita de puño y letra de Rabelais.

La isla sonante, título del 5.º libro, no es otra cosa que la ciudad de Roma, llamada así por el ruido de las campanas de sus numerosas iglesias.

Rabelais ya no envuelve aquí de alegoría a su sátira. Critica directa y ásperamente a Roma, a quien el mundo entero debe mantener. También critica a la Universidad y a los sabios que coloca en un país llamado Entelequia, donde se ocupa de "transformar grandes cosas en nada y la nada en grandes cosas". Luego presenta el país de Satin donde reina Ouy dire (he oído decir), el padre de la Historia. Es un pequeño anciano jiboso, con la boca hendida hasta las orejas.

Para terminar: Gargantúa y Pantagruel es una novela de unas 500 páginas que ha sido escrita en 20 años, lo que demuestra que el autor le dedicó una ínfima parte de sus ocios.

Ha sido diversamente interpretada. El Dr. Hamilton Marr, Alto Comisario de Control de Escocia, considera la obra como un plan definido y una tentativa razonada para descubrir el destino del hombre. Otros le dan un alcance menos profundo y creen que es solamente el resumen bajo una forma ya burlesca, ya seria, de sus aventuras personales y de las reflexiones que éstas le inspiraron.

Gargantúa y Pantagruel es un evangelio, una verdadera enciclopedia donde se estudiaron todas las ciencias morales y físicas del siglo XVI. Como el Quijote de Cervantes, fué el libro predilecto de los lectores más graves y también de los más frívolos. Más de un erudito le consagró la vida entera para estudiarlo y comentarlo.

Rabelais con su obra puso fin a las novelas de caballería, como hizo Cervantes en España y fustigó con la mayor rudeza a la escolástica que se enseñoreaba de los espíritus.

Por todo lo cual Gargantúa y Pantagruel es considerado no sólo como un monumento literario, sino también como un monumento nacional francés.

